«Me atreveré—afirmó sonriendo con tristeza. —Hago con esto otra obra de misericordia, y Dios me protegerá.

—¡Divina y salada!—pensó el infeliz señor viéndola salir...—Se me parece á las seráficas majas que gozan un puesto en el Cielo... digo, en el techo de San Antonio de la Florida.»

Y el suspiro que echó fué tal, que hubo de resonar en Roma.

XIV

¿Qué se hizo de la brillante posición de don Pedro Polo bajo los auspicios de las señoras monjas de San Fernando? ¿Qué fué de su escuela famosa, donde eran desbravados todos los chicos de aquel barrio? ¿A dónde fueron á parar sus relaciones eclesiásticas y civiles, el lucro de sus hinchados sermones, el regalo de su casa y su excelente mesa? Todo desapareció; llevóselo la trampa en el breve espacio de un año, quedando sólo, de tantas grandezas, ruínas lastimosas. ¡Enseñanza triste que debieran tener muy en cuenta los que han subido prontamente al catafalco de la fortuna! Porque si rápido fué el encumbramiento de aquel señor, más rápida fué su caída. Se desquició casi de golpe todo aquel mal trabado edificio, y bien pronto ni rastro, ni ruido, ni polvo de él quedaron, siendo muy de notar que no se debió esta catástrofe á lo que tontamente llama el vulgo *mala suerte*, sino á las asperezas del carácter del caído, á su soberbia, á sus desbocadas pasiones, absolutamente incompatibles con su estado. Pereció como Sansón entre los es-

combros de un edificio, cuyas columnas derribara él mismo con su estúpida fuerza.

Está averiguado que antes de la muerte de doña Claudia empezó el desprestigio de la escuela. El contingente de chicos disminuía de semana en semana. Alarmados los padres por los malos tratos de que eran objeto aquellos pedazos de su corazón, les retiraban de la clase, poniéndoles en otra de procedimientos más benignos. Y en la misma calle se estableció un maestro que propalaba voces absurdas sobre los horrores que hacía Polo con los alumnos, descoyuntándoles los brazos, hendiéndoles el cráneo, despegándoles las orejas y sacándoles tiras de pellejo. Más tarde, los transeuntes vieron que por una de las ventanas bajas salía volando una criatura como proyectil disparado por una catapulta. Otras cosas se referían igualmente espantables; pero no todo lo que se dijo merece crédito. Los pasantes contaban que algunos días estaba el maestro como loco furioso, dando gritos y echando de su boca juramentos y voquibles impropios de un señor sacerdote.

La muerte de doña Claudia, acaecida inopinadamente, fué como una prolongación de aquel sueño pesadísimo que le entraba después de comer y de cenar. Sobre esto se hablaba más de lo regular. El tabernero de enfrente parece que vió con disgusto el acabamiento de aquella dama, por la buena parroquia que perdía. Desde que sucedió esta desgracia, las *señoras* y don Pedro empezaron á ponerse de punta como dos substancias que rechazan la combinación. Todos los días cuestiones, rozamientos, recados importunos, disgustos aquí y allá, ellas muy tiesas, él más estirado aún. Cuenta la mandadera, mujer de gran

locuacidad digna de ser llevada á un Parlamento, que un dia tuvieron las señoras y don Pedro un *coram vobis* en el locutorio, del cual resultó, tras muchos dimes y diretes, que el capellán mandó á las monjas al... (al infierno debió de ser), en las propias barbas de la madre abadesa. Con esto y otras cosas, vióse obligado don Pedro á desocupar la casa y á dejar el capellanazgo á otro clérigo de temperamento más dócil. El había nacido para domar salvajes, para mandar aventureros, quizás, quizás para conquistar un imperio como su paisano Cortés. ¿Cómo había de servir para *afeitar ranas*, que esto y no otra cosa era aquel menguado oficio?... Se marchó contento y renegando de las monjas, á las cuales ponía de tal manera, que no había en verdad por dónde cogerlas.

Instalóse en casa propia, hacia la calle de Leganitos, y allí la incompatibilidad de su carácter con el de su hermana empezó á ser de tal naturaleza, que la existencia común se hizo difícil. Marcelina Polo, que en vida de su madre había tenido paciencia, mucha paciencia y desprecio de sí misma, se hizo cargo de que pudiendo ganar el cielo con la oracion, no habia necesidad de conquistarlo con el martirio. Cuenta la criada que por entonces tuvieron, segoviana, astuta y chismosa, que el hallazgo de no sé qué papeles hizo descubrir á doña Marcelina debilidades graves de su hermano, y que enzarzados los dos en agria disputa, sobrevino la ruptura. «Todo lo paso—decía:—paso que me tire los platos á la cabeza; paso que me diga palabras mal sonantes; pero un pecado tan atroz y sacrílego, eso sí que no se lo paso.» Y se fué á vivir con una tal doña Teófila, señora mayor, que se le parecía como una gota á

otra gota. Poco después embaucaron á doña Isabel Godoy (que había perdido á su fiel criada), y la trajeron á vivir consigo, instalándose en una casita de la calle de la Estrella. Cada una de las tres tenía su especial demencia: la Godoy consagraba sus horas todas á las prácticas de un aseo frenético; el desvarío de doña Teófila era la usura, y el de Marcelina la devoción contemplativa, con más un cierto furor por la lotería, que heredó de su madre.

Las relaciones de esta señora con su hermano fueron desde entonces harto frías. Rara vez le visitaba para informarse de su salud, y no le prestaba servicio alguno doméstico ni le cuidaba en sus enfermedades. Creía sin duda cumplir con su conciencia rezando por él á troche y moche, y pidiendo á Dios que le apartase de los malos caminos. Casi todo el día se lo pasaba en las iglesias, asimilándose su polvo, impregnándose de su olor de incienso y cera. Don Pedro, cuando recibía la visita de ella, ponía muy mala cara diciéndole: «Hermana, hueles á sacristía. Hazme el favor de apartarte un poco.»

Desde que se malquistó con su hermana fuése á vivir Polo á los barrios del Sur. Era ya tan visible su decadencia, que no lograba disimularla. Ya no había parroquia ni cofradía que le encargasen un triste sermón, ni tampoco él, aunque se lo encargaran, tenía ganas de predicarlo, porque las pocas ideas teológicas que un día extrajo, sin entusiasmo ni calor, de la mina de sus libros, se le habían ido de la cabeza, donde parece que estaban como desterradas, para volverse á las páginas de que salieron. Polo, en verdad, no las echaba de menos, ni tuvo intento de volver á cogerlas. Su mente, ávida de la sencillez y rusticidad

primitivas, había perdido el molde de aquellos hinchados y vacíos discursos, y hasta se le habían olvidado las mímicas teatrales del púlpito. Era un hombre que no podía prolongar más tiempo la falsificación de su sér, y que corría derecho á reconstituirse en su natural forma y sentido, á restablecer su propio imperio personal, á efectuar la revolución de sí mismo, y derrocar y destruir todo lo que en sí hallara de artificial y postizo.

Cuentan que en la sacristía de las iglesias á donde solía ir á celebrar misa armaba reyerta con los demás curas, y que un día él y otro de carácter poco sufrido hablaron más de la cuenta y por poco se pegan. Hubo de manifestar en cierta ocasión ideas tan impropias de aquellos lugares santos, que, según dicen, hasta las imágenes mudas é insensibles se ruborizaron oyéndole. El rector de San Pedro de Naturales le dijo que no volviera á poner allí los pies. Algún tiempo rodó de sacristía en sacristía, malquistándose con toda la sociedad eclesiástica y dando motivo á maliciosas hablillas. Su peculio, que ya venía sufriendo considerables mermas, entró en un período de verdadero ahogo. La pobreza enseñóle su cara triste, anunciándole la miseria, más triste aún, que detrás venía. Aún pudo haber encontrado su salvación; pero su alma no tenía fortaleza para arrancar de raíz la causa de trastorno tan grave y profundo. Las grandes energías que su alma atesoraba y que le habrían valido para ganar épicos laureles en otros días, lugares y circunstancias, no le valieron nada contra su desvarío. Todas las armas se embotaban en la dureza de aquella sangre y vida petrificadas, que protegían su pasión como una coraza inmortal á prueba de razones morales y sociales.

Sobrevinieron entonces el desaliento, el malestar, la despreocupación y una pereza invencible. Levantábase tarde; espantado se alejaba de la iglesia, que creía profanar con su sola presencia; pasaba semanas enteras encerrado como un criminal que á sí mismo se condenara á reclusión perpetua. Otras veces salía, esquivando á sus pocos amigos, y se pasaba el día solo, vagando por las afueras, mal vestido de paisano, con empaque tal que se le habría tomado por presidiario que acaba de romper sus cadenas.

En la clase eclesiástica no conservaba más que un amigo, el padre Nones, quien con dulzura le exhortaba á enmendarse y á restablecer la vida normal. La querencia de este buen sacerdote llevóle á vivir á la humilde casa de la calle de la Fe, y por algún tiempo hizo tímidos esfuerzos para regularizar sus costumbres. Entonces le fueron retiradas las licencias, y roto el débil lazo que aún sujetaba su voluntad al cuerpo robusto de la Iglesia, se desprendió absolutamente de ella y cayó en abismos de perdición, ruína, miseria. Vivía estrechamente, apurando sus escasos dinerillos, haciendo esfuerzos por cobrar los que le adeudaban algunas personas desde los tiempos de su prosperidad. Repartiendo cartitas y recados, iba cobrando lentamente de sus deudores sumas mezquinas. Concertó la venta del material de la escuela, que era suyo, con el Ayuntamiento; pero si éste tuvo prisa para posesionarse de lo comprado, no la tuvo para pagar.

Por ser desgraciado en todo, fuélo también don Pedro en la elección del ama de llaves que le servía, mujer de mucha edad, bondadosa y sin malicia, pero que no sabía gobernar ni su casa ni la ajena. Era madre de sacristanes, tía y abuela de

monaguillos, y había desempeñado la portería de la rectoral de San Lorenzo durante luengos años. Sabía de liturgia más que muchos curas, y el almanaque eclesiástico lo tenía en la punta de la uña. Sabía tocar á fuego, á funeral, repique de misa mayor, y era autoridad de peso en asuntos religiosos. Pero con tanta ciencia, no sabía hacer una taza de café, ni cuidar un enfermo, ni aderezar los guisos más comunes. Su gusto era callejear y hacer tertulia en casa de las vecinas.

Estos hechos y circunstancias, el extravío de Polo, su falta de dinero, la incapacidad doméstica de Celedonia, llevaron la tal casa al grado último de tristeza y desorden. Pero cierto día entró inopinadamente en ella alguien que parecía celestial emisario, y aquel recinto muerto y lóbrego tomó vida, luz. Pronto se vió aparecer sobre todo esa sonrisa de las cosas que anuncia la acción de una mano inteligente y gobernosa, y quien con más júbilo se alzaba del polvo para gozar de aquella dulce caricia era el doliente, aterido, desgarrado y maltrecho don Pedro Polo.

XV

Al cual le retozaba el alma en el cuerpo cuando vió entrar á Tormento con el cesto de la compra bien repleto de víveres.

«¡Qué opulencia!—exclamó con alegres fulguraciones en sus ojos.—Parece que entra en mi choza la bendición de Dios en figura de una santa...»

Detúvose aquí, cortando el hilo de aquel concepto que se le salía del alma. Tormento nada

dijo y se internó en la casa. Pronto se sintieron los fatigados pasos de Celedonia, y luego los del carbonero y del aguador. Movimiento y vida, el delicioso bullicio del trajín doméstico, reinaba en la poco antes lúgubre vivienda. Era agradable oir el rumor del agua, el repique del almirez, el freir del aceite en la sartén. Siguió á esto un estruendo de limpieza general: choque de pucheros y cacharros, azote de zorro y castigo del polvo. De improviso entró Tormento en la sala con un pañuelo liado á la cabeza, cubierta de un delantal y con la escoba en la mano. Ordenó al enfermo que se metiese en la pieza inmediata, lo que él hizo de muy buena gana, y abiertas de par en par las ventanas de la sala, vióse salir en sofocante nube traspasada por rayos de sol la suciedad de tantos días. Infatigable, no permitía Tormento que le ayudase Celedonia, la cual entró renqueando para ofrecer su débil cooperación.

«No es preciso—le dijo la otra.—Váyase usted á la cocina á cuidar del almuerzo.

—Para todo hay lugar—replicó la vieja.—Voy á llevarle agua tibia á ver si quiere afeitarse. Dos semanas hace que no lo hace, y está que parece el Buen Ladrón.»

Cuando la sala quedó arreglada, volvió Tormento á la cocina, y entonces se oyó el tumulto del agua revolcándose en el fregadero entre montones de platos. Con los brazos desnudos hasta cerca de los hombros, la joven desempeñaba aquella ruda función, deleitándose con el frío del agua y con el brillo de la loza mojada. Sin descansar un momento, en todo estaba y no abría los labios más que para reprender á Celedonia por su pesadez. La reumática sacristana más bien servía de estorbo que de ayuda. Luego

acudió Tormento á poner la mesa en la sala. El sol entraba de lleno, haciendo brotar chispas de las recién lavadas copas. Los platos habrían lucido como nuevos si no tuvieran los bordes desportillados y en todas sus partes señales de la mala vida que llevaban en manos de Celedonia.

Don Pedro, bien afeitado y vestido de limpio, volvió á ocupar su sillón, y se reía, se reía, atacado de un contento nervioso que le hacía parecer hombre distinto del que poco antes ocupara el mismo lugar.

«Me parece—decía tamboreando con los dedos sobre la mesa,—que de golpe se me ha renovado el apetito de aquellos tiempos... ¡Poder de Dios! ¡Qué día tan dichoso! He aquí los domingos del alma.»

Tormento entraba y salía sin descanso. Hablaba poco y no participaba de la alegría del buen Polo. En la cocina faltaba aún mucho que hacer, por causa del abandono en que había encontrado todo. Así, pues, el almuerzo, que pudo quedar dispuesto á las once, tardó aún tres cuartos de hora más. Don Pedro se asomaba de cuando en cuando á la puerta de la cocina para dar broma y prisa. Contraste duro y extraño hacía su semblante tosco y amarillo, de color de bilis, de color de drama, con su reir de comedia y el júbilo pueril que le dominaba. Sus bromas inocentes eran así:

«¿Pero no se almuerza en esta casa? Señora fondista, ¿en qué piensa, que así deja morir de hambre á los huéspedes?»

Y luego prorrumpía en triviales carcajadas, que sólo hallaban eco en la candidez de Celedonia. Terminados los preparativos del almuerzo,

quitóse Tormento el pañuelo de la cabeza y el delantal, diciendo: «Vamos, ya es hora.»

Cuando empezó á comer, Polo parecía el mismo de marras, con la diferencia del peor color y de la pérdida de carnes. Pero su espíritu discretamente jovial, su cortesía un poco seca á estilo castellano, su mirar expresivo y su apetito, reproducían los dichosos días pasados. Tormento comía en el otro lado de la mesa, y ya era comensal, ya sirviente, atendiendo unas veces á su plato, otras al servicio del amigo, para lo cual se levantaba, salía y entraba con diligencia. Incapaz de prestar ayuda, Celedonia no hacía más que charlar de la función religiosa del día, del Oficio Parvo que se preparaba para el siguiente, y de lo mal que cantaba el padre Nones, á quien remedó con bastante fidelidad. Don Pedro la mandó varias veces á la cocina, sin ser obedecido.

Quería Polo entablar con la joven conversación larga; pero ella se defendía contra este empeño cortando la palabra del misántropo con su brusco levantarse para traer alguna cosa. No quería de ningún modo entrar en materia; se consideraba como visita, como persona extraña á la casa, que había entrado en ella con propósito semejante á los de la Beneficencia Domiciliaria. Batallaba en su mente por convencerse de que había ido á socorrer á un enfermo, á consolar á un triste, á dar de comer á un hambriento; y compenetrándose del espíritu que dictó las Obras de Misericordia, se atrevió á crear una nueva: *Limpiar el polvo y barrer la casa de los que lo hayan menester.* Agregaba á esta idea, para tranquilidad completa de su conciencia por el momento, el propósito de que tal visita sería la última, y un adiós definitivo y absoluto á la nefanda amistad

que era el mayor tropiezo y la única mancha de su vida.

Sabía Tormento hacer muy bien el café. Aprendió este arte difícil con su tía Saturna, la mujer de Morales, y aquel día puso gran esmero en ello. Cuando Polo miraba delante de sí la taza de negro y ardiente licor, la joven, acordándose de algo muy importante, sacó un paquetito del bolsillo de su traje:

«¡Ah! También he traído cigarros. Me había olvidado de sacarlos. Puede que se hayan roto. Peseta de escogidos... Este de las pintitas me parece bueno.»

Cuando mostraba el abierto envoltorio de papel con los puros, don Pedro, traspasado el corazón de un dardo de gratitud inefable, no sabía qué decir. Si fuera hombre capaz de llorar con lágrimas, las habría derramado ante aquel ejemplar de previsión, de dulzura y delicadeza. Volvió á pensar en la Providencia, de quien él antaño había dicho cosas muy buenas en el púlpito; pero no gustando de asociar ninguna idea religiosa al orden de ideas que entonces reinaba en su espíritu, creyó más del caso acordarse de las hadas, ninfas ó entidades invisibles que tenían el poder de fabricar en un segundo encantados palacios, y de improvisar comidas suculentas, como él había leído en profanos libros.

Con grandísima tristeza vió, cuando aún no había concluído de apurar la taza, que Tormento se levantaba, cogía su mantón y su velo, disponiéndose para marchar. De este modo se desvanecen en el aire y en el sueño las ninfas engendradas por la fantasía ó por la fiebre.

«¡Cómo!... ¿qué es eso?...—balbució angustiado.

—Me voy. Nada tengo ya que hacer aquí. Hago falta en mi casa.

—¡En tu casa! ¿Y cuál es tu casa?—murmuró severamente, no atreviéndose á decir: «tu casa es ésta.»

—¡Por Dios!... Esa no es la mejor manera de agradecerme el haber venido.

—Siéntate,—ordenó el misántropo imperiosamente, hablando conforme á su carácter.

—Me voy.

—¿Que te vas? Es temprano. La una y media. Si insistes, saldré contigo. ¡eal... ¿Vas para arriba? yo detrás. ¿Vas para abajo? detrás yo... No te dejaré á sol ni sombra.»

Tormento, asustadísima, no tuvo fuerzas para protestar de aquella persecución. El peso que sentía sobre su alma debía de ser bastante grande para gravitar también sobre su cuerpo, porque se desplomó sobre la silla con los brazos flojos, la cabeza aturdida.

«No creas que harás lo que se te antoje—manifestó Polo entre festivo y brutal.—Aquí mando yo.

—Hay personas con quienes no valen los propósitos buenos...—replicó ella tratando de mostrar carácter.—Yo recibí una carta que decía: «moribundo,» y vine... Yo quería consolar á un pobre enfermo, y lo que hago es resucitar á un muerto, que me persigue ahora y quiere enterrarme con él... Por débil me pasó lo que me pasó. Esto de la debilidad no se cura nunca. Hoy mismo, al querer venir, una voz aquí dentro me decía: «no vayas, no vayas.» Dichosos los que han nacido crueles, porque ellos sabrán salir de todos los malos trances... Dios castiga á las personas cuando son malas, y también cuando son

tontas, y á mí me castiga por las dos cosas, sí: por mala y por necia... ¡Cuántos delitos hay que, bien mirados, son una tontería tras otra! Haber venido aquí, ¿qué es?... Sospecho que Dios me ha de castigar mucho más todavía. Yo vivo en medio de la mayor congoja. Mi vida es una zozobra, un susto, un temblor continuo, y cuando veo una mosca me parece que la mosca viene á mí y me dice...»

No pudo seguir. El llanto la sofocaba otra vez.

«No llores, no llores—dijo Polo un poco aturdido, mirando al mantel.—Cuando te veo tan afligida, no sé qué me da. Verdaderamente, sobre nosotros pesa una maldición.»

Y echando de su pecho un suspiro tan grande que parecía resoplido de león, meditó breve rato, apoyando la cabeza en la mano. Tanto le pesaba una idea.

XVI

«Tengo una idea, Tormento; tengo una idea—murmuró con voz semejante á un quejido.—Te la diré, y no te rías de ella. Es una idea nacida en mi soledad, criada en mi tristeza, y, por tanto, te parecerá un poco salvaje... Es que... como no hay remedio para mí en esta sociedad, como soy menos fuerte que mis pasiones y he tomado en tan grandísimo horror mi estado, se me ha venido á las mientes poner tierra, pero mucha tierra, entre mi persona y este país: se me ha ocurrido dar con mis huesos allá en lo último del mundo, en una isla del Asia, ó bien en la California ó en alguna colonia inglesa... Hay tierras hermosas

por allá; tierras que son paraísos, donde todo es inocencia de costumbres y verdadera igualdad; tierras sin historia, donde á nadie se le pregunta lo que piensa; campos feraces, donde hay cada cosecha que tiembla el misterio; tierras patriarcales, sociedades que empiezan y que se parecen á las que nos pinta la Biblia. Sueño con romper por todo y marcharme allá, olvidando lo que he sido y matando de raíz el gran error de mi vida, que es haberme metido donde no me llamaban y haber engañado á la sociedad y á Dios, poniéndome una máscara para hacer el *bu* á la gente.»

Al oir esto, relámpago de alegría brilló en los ojos de Tormento, que en aquel propósito de emigrar veía solución fácil al terrible problema que entorpecía su vida y su porvenir. Mas pronto se trocó su alegría en repugnancia, cuando Polo añadió esto:

«Sí, esa es mi idea... irme allá; pero llevándote conmigo... ¿Qué? ¿te asustas? ¡Pusilánime! Miras demasiado las cosas que están cerca y tienes miedo hasta de las moscas. El mundo es muy grande, y Dios es más grande que el mundo... ¿Vendrás?

—¡Yo!—exclamó la joven haciendo esfuerzos por disimular su horror y negando con la cabeza.

—Dame una razón.

—Que no.

—Pero una razón...

—Que no.

—Yo te contestaré con mil argumentos que de fijo te convencerán. ¡He pensado tanto en esto!... ¡He visto tan clara la pequeñez de lo que nos rodea!... Instituciones que nos parecen tan enormes, tan terribles, tan universales, se hacen granos de arena cuando con el pensamiento roda-